



Trazos de la profesión

Jaime Arocha Rodríguez,
Profesor Departamento
de Antropología
Universidad Nacional

El pajarito que Blanca de Corredor había traído del Amazonas se dedicó a picotear mi grabadora. Ella se colocó detrás del animal y lo aprisionó con dulzura. Chirrit que en andoque quiere decir toche, puso cara de terror, pero su dueña lo tranquilizó con caricias. Estos gestos plasmaron ante mi rasgos esenciales del carácter de la mujer gruesa, amable y vital, segura de sus palabras e ideas, que al día siguiente - 26 de septiembre - se recibiría como antropóloga. Titulada *La Maloca*, su monografía cubre tres tomos. Es el resultado del análisis de un gran conjunto de mitos muruimuinanes recogidos entre 1980 y 1985. La fidelidad y utilidad del trabajo fundamentan la solicitud formulada por el lingüista Carlos Patiño Rosselli y el antropólogo y matemático Guillermo Páramo para que la Universidad Nacional lauree este esfuerzo.

Al otro lado de la mesa, Soraya Natalie no se perdía palabra de la entrevista. La niña de 12 años se sonrojó cuando su abuela Blanca, orgullosa, me explicó:

—Esta niña se levantó en los salones del Departamento de Antropología. Me la llevaba chiquitica y Camilito Domínguez y otros profesores le daban una hojita y un lápiz y ella era feliz rayando.—

La señora de Corredor presentó examen de admisión en 1975, tan pronto como la menor de sus seis hijos terminó primaria. No le fue fácil readaptarse al medio académico, pero con tesón y no po-

cas lecturas adicionales, en 1980 logró iniciar trabajo de terreno en la región de Araracuara. Relata que,

—Viviendo como los muruies, aprendí a amarlos, me apasioné por el trabajo y sólo así empecé a hacer observaciones verdaderamente objetivas. Desde entonces, recibo en Bogotá a los indígenas de esa región, como si fueran mis familiares.

Por ese trato, ellos consagraron el recinto de la biblioteca de la casa de Blanca, convirtiéndolo en mambeadero. Realizada la ceremonia, allí ya pueden guardar una especie de lanza de madera, que en la parte superior tiene un sonajero y recibe el nombre de *garadta*, además de coronas sagradas de plumas de guacamayo y collares ceremoniales con dientes de jaguar.

Me condujo a ese espacio, y tomando un cráneo de tigrillo, me fue señalando los colmillos, con sus nombres en huitoto: —nimaira, nimairame y nimairati, o sea cacique, capitán y aprendices.—

Me explicó que cuando muruies y muinanes celebran el ritual de defensa, les asignan a los oficiantes sus posiciones en el mambeadero teniendo en cuenta no sólo el status de ellos, sino el tamaño y orden de los incisivos, caninos y molares del felino mítico y simbólico.

Cuando iba a comenzar la investigación de la monografía, su compadre Eusebio, en ese enton-

ces el capitán de Monochoa, le dijo:

—Blanquita, se han reunido abuelos, y no sólo le van a contar la historia, sino que usted va a ver construir a nuestra Madre Maloca.

El abuelo cacique muinane Rafael Núñez se comprometió a hacer las narraciones pertinentes en nipode, uno de los once dialectos del idioma huitoto; el abuelo Marceliano Guerrero las tradujo al español, y Eusebio construyó la maloca, reemplazando la que ya se le estaba cayendo. La sabiduría de los dos primeros era esencial para relatar los mitos dentro de los períodos correspondientes del ciclo ritual. Este a su vez, le serviría de marco a cada etapa de la construcción. Blanca precisa:

—Fueron contando la historia de la creación del universo y mostrando las primeras malocas: (la de) Las Manos de la Madre, y (la de) La Entrega de la Madre por el Hijo. (Después de haber imaginado el terreno para la construcción,) le pidieron permiso a los espíritus del bosque para que entregaran (ese lote. Luego hicieron la búsqueda material de la superficie que habían soñado.) Tumbaron el monte y le comenzaron a pedir permiso a otros espíritus, para poder encontrar el centro de la maloca, que es el centro del mundo. Hallado éste, se dirigieron al Creador para poder sacar de la selva a sus capitanes, para luego sembrarlos —.

Continúa pág. 4

Lo anterior quería decir que no podían tallar las vigas del templo sin permiso del creador del bosque, y que para lograrlo, era necesario haber tenido una visión referente a qué árboles servirían para tal propósito. Blanca prosiguió:

— Construir la maloca era levantar la Madre (e ir contando los mitos respectivos)—.

Esa tarea les tomó dos años, al final de los cuales habían completado 150 horas de grabación magnetofónica. No obstante la magnitud del trabajo, tan sólo habían cubierto las historias pertinentes al primero de los cincuenta niveles de sabiduría murui muinane. De continuar esa labor, para registrar los relatos de los cuarenta y nueve niveles restantes, se necesitarán por lo menos 7.350 horas de grabación. Su traducción y análisis implicaría invertir otras 30.000 horas, lo cual señala la magnitud del esfuerzo que le espera a cronistas contemporáneos, como la señora de Corredor.

— Desde que el compadre Eusebio construyó su maloca, -explica Blanca- el cacique Nanuya hizo la suya; por su parte, el curaca de Guaymaraya y otros esperan hacer lo mismo. Convinieron que era fundamental que los muchachos que salían a estudiar a Bogotá no dejaran de oír desde el mambadero y con sumo respeto a los abuelos, relatando las tradiciones y dando muestras de su enorme sabiduría. Pero que también, aprovecharan las investigaciones científicas, las tradujeran al huitoto y revitalizaran la cultura—.

Blanca considera que ahora más que nunca este gran proyecto es indispensable. En 1985, la Caja Agraria ganó un viejo pleito, convirtiéndose en propietaria de las antiguas posesiones de la Casa Arana. Se trata de casi seis millones de hectáreas que cubren buena parte de la margen derecha del río Caquetá, sobre la intendencia del Putumayo y la comisaría del Amazonas. Sin consultar con el Crima (Consejo Regional Indígena del Amazonas), allí se ha iniciado un ambicioso programa de

colonización alrededor de la Chorrera, en el corazón del territorio ancestral de la gente de habla huitoto. Para Blanca es inevitable que este esfuerzo, además de impedir que las reservas indígenas de La Chorrera y Nanuya sean reconocidas por el Estado, debilite las del Aduche, Los Monos, Monochoa y Guemaní que fueron constituídas con gran trabajo. Un cambio de tal magnitud acelerará el aniquilamiento físico y cultural de andoques, boras, muinanes, murui y nanuyas. Ante un panorama tan sombrío, la señora de Corredor se reafirma en su futuro profesional:

— Continuaré trabajando al lado de esos grupos indígenas, traduciendo en hechos sus deseos. Siendo su instrumento y no convirtiéndolos a ellos en instrumento—.

A una edad que para muchos es irreconciliable con la aventura de explorar conocimientos nuevos, Blanca de Corredor no sólo decidió ejercer la antropología para mediar entre dos mundos, sino convertirse en cronista contemporánea.